

El pecador racional

Jay Lockhart

«Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.

Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén.

Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío.

Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican» (Romanos 1.18–32).

Cuando consideramos lo fundamental, ¿cuál es su mayor necesidad? Imagínese un naufragio en alta

mar. Un hombre se aferra a un fragmento del barco; flota hacia una isla desierta. No tiene ropa alguna excepto la que lleva puesta. Se construye un refugio y vive de lo que consigue en la isla para sobrevivir. Si el hombre está tratando solamente de sobrevivir materialmente, sus necesidades son pocas y simples. Pero el hombre es más que un cuerpo.

La necesidad más grande del hombre no es el alimento, ni el vestido, ni el refugio. El apóstol Pablo diría que la necesidad más grande es Cristo y el evangelio. Esa es la razón por la que dedicó su vida a la proclamación del evangelio de Cristo. En Romanos 1.16–17, dijo: «Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá». Pablo hizo un anuncio extraordinario. El hombre puede vivir. Puede vivir espiritualmente. Puede ser uno con Dios. Pablo dice que el evangelio es el poder de Dios para hacer que los hombres estén bien con Él. Es el poder de Dios para salvación de todos los que creen. Los versículos 16 y 17 de Romanos 1 constituyen el tema, la tesis fundamental, del libro de Romanos, a saber: «La justificación por la fe».

Al comienzo de esta magnífica carta, Pablo declara la necesidad universal que hay del evangelio. Es poco probable que a uno le interesen las buenas nuevas si no entiende la necesidad que tiene. A cada hora sin excepción, alguien en algún lugar entra a un quirófano de hospital y es sometido a una cirugía. Sin embargo, es poco probable que alguien sea sometido a una cirugía a menos que primero se le convenza de que la necesita. Así también es en el ámbito espiritual. Uno puede tener una gran necesidad, pero si no entiende la necesidad, es probable que no aplique el remedio. Pablo dice que el evangelio «... es poder de Dios para salvación». También muestra la necesidad universal del evangelio. En Romanos 1—3.20, Pablo divide a toda la humanidad en tres grupos. Toda persona, sin importar quién sea, se encontrará a sí mismo en

una o más de estas tres categorías.

Primero que todo, Pablo dice que algunos son pecadores racionales en 1.18–32. En segundo lugar, en Romanos 2 y 3, Pablo explica que algunos son pecadores reformados y religiosos. Toda persona responsable y consecuente se encuentra en una o más de estas categorías. El propósito de Pablo es recalcar que independientemente de quién sea uno, es culpable delante de Dios y está sujeto al juicio y a la ira de Dios. Se encuentra en necesidad desesperada del evangelio.

Nos centraremos ahora en 1.18–32, donde Pablo le da atención a la primera categoría de pecadores, *el pecador racional*. El pecador racional hace uso de la razón o racionaliza a Dios sacándolo de sus pensamientos. No quiere pensar acerca de Dios. Pensar en Dios equivaldría a censurar sus malas obras.

En 1.18, inmediatamente después de que analiza las buenas nuevas y el hecho de que el evangelio es poder de Dios para salvación, Pablo vuelve su atención a la ira de Dios. Dice: «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres...». Una forma como el hombre a menudo responde es rechazando la luz que Dios ha dado. En Juan 3, Jesús habló de la luz que Dios ha derramado sobre el hombre y de cómo este la ha rechazado, diciendo:

Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas (Juan 3.17–19).

Dios ha encendido la luz en este mundo. El hombre tiene luz a su disposición para que busque y encuentre a Dios. El problema consiste en que, como lo señala Jesús en Juan 3, los hombres aman las tinieblas antes que la luz, porque sus obras son malas. El hombre rechaza la luz que Dios ha dado.

Existe un principio que Jesús ha establecido en Juan 7 el cual es importante para todos los que buscan la verdad. Él dijo: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina [la enseñanza] es de Dios». La anterior es una extraordinaria aseveración. Si el hombre decide que desea conocer a Dios, Jesús dice que conocerá la enseñanza. De algún modo, de alguna forma, cuando el buscador sincero de la verdad realiza su búsqueda, Dios lo pondrá en contacto con la verdad. El problema es que la verdad convence y persuade a los hombres

de que están en necesidad de Dios. Convince a los hombres de que están en rebeldía contra Dios. La solución a la rebeldía reside en que nos digamos no a nosotros, con el fin de que podamos decirle sí a Dios. Esto penetra hasta cortar la fibra misma del orgullo del hombre, debido a que en su orgullo puede que no desee sentir necesidad alguna de Dios. Por lo tanto, puede que no desee la verdad. Puede que rechace la luz que Dios ha dado; puede que ame las tinieblas porque sus obras son malas. El versículo 18 dice que «detienen con injusticia la verdad». El hombre inmoviliza la verdad.

RECHAZA LA LUZ INTERIOR

¿Qué clase de luz ha revelado Dios al hombre? Romanos 1 da la respuesta. El apóstol señala que el hombre a menudo rechaza la luz interior. Dios ha puesto luz en el interior de todo hombre. Llámeme a tal luz su consciencia, si lo desea. Fíjese en 1.19, donde dice: «... porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto...». Pablo no dice «se les manifestó», sino, «les es manifiesto». Dios ha colocado en cada ser humano una conciencia moral. El hombre es, por lo tanto, irremediamente religioso. Usted y yo no decidimos ser religiosos o no. Cualquiera podría decir: «No soy muy religioso». Significa que tal vez no participa en actividades religiosas propiamente dichas, sin embargo, es religioso. Dios nos hizo incurablemente religiosos. Existe un anhelo de Dios en los corazones de todos los hombres. Puede que alguien responda diciendo: «No sabía que yo tenía este anhelo en mí», pero de todas maneras, ahí está. En cada persona existe un hambre que no puede ser saciada sino por Dios. El hombre trata de saciarla de muchas maneras. El hombre sabe que no es feliz, sin embargo, desea ser feliz. Hay un dolor persistente dentro de él. Puede que se alimente del placer; puede que se alimente de la educación; puede que se rodee de riquezas; puede que se esfuerce por ejercer poder sobre las demás personas. ¿Qué está haciendo? Está procurando satisfacer el anhelo que hay en él. Por supuesto, nada de lo anterior puede llegar a satisfacer. Agustín dijo: «Nos hiciste para Ti mismo, y no podremos descansar hasta que descansemos en Ti». En el Salmo 42.1, David dijo: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía». Está allí. Lo podemos reprimir. Podemos hacer caso omiso de él. Pero está allí.

El pecador racional desea sacar a Dios de sus pensamientos. No desea que Dios controle su vida. Desea hacer lo suyo, hacerlo a su manera. El anhelo está allí, pero él está mercedamente bajo la condenación o la ira de Dios. Está rechazando la

luz que Dios ha dado, la luz que dice: «Dios es, y estoy en deuda con Él». El pecador racional rechaza la luz interior, la luz de la consciencia.

RECHAZA LA LUZ EXTERIOR

Pablo también demuestra que el pecador racional, al esforzarse por sacar a Dios de sus pensamientos, rechaza la luz de la creación, es decir, la luz exterior. El versículo 20 dice: «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo...». Dios no es visible al ojo humano. Él es invisible. Sin embargo, las cosas invisibles de Él se ha hecho manifiestas. ¿Cómo? Pablo dice que son claramente visibles por las cosas hechas. Se refiere al mundo creado. Dios hizo un mundo, y este mundo es testimonio, testimonio visible del Dios invisible. En el Salmo 19.1, David dijo: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos». El hombre, en su racionalismo, puede ver el mundo y decir que todo esto sucedió por accidente. Dice que una gran explosión ocurrió hace millones de años, dando como resultado el universo. Sin embargo, al llegar a esa conclusión, está deteniendo o inmovilizando la verdad acerca de Dios. El mundo creado declara la existencia de Dios; es evidencia de que Dios es. Usted y yo somos responsables de acoger esa evidencia y buscar a Dios. El pecador racional que no desea pensar en Dios, rechaza la luz. Rechaza la luz interior, es decir, su conciencia moral; rechaza la luz exterior, es decir, el mundo creado que proclama la existencia de Dios.

RECHAZA LA LUZ DE ARRIBA

Por supuesto, en nuestros días, tenemos evidencia adicional de la existencia de Dios. Dios ha hablado al hombre. Su Palabra está revelada en la Biblia. Cuando alguien rechaza la existencia de Dios, también está rechazando la luz de la Palabra de Dios, la luz de arriba. La Biblia está aquí. ¿Cómo hemos de considerarla? ¿Hemos de considerarla solamente como el producto de unos cuantos hombres frágiles que con esfuerzo humano propio escribieron este libro sin igual? La evidencia con respecto a la Biblia, tanto la evidencia interna de la misma Biblia como la evidencia externa de fuera de la Biblia, dice que la Biblia es la Palabra de Dios. Usted y yo estamos llamados a aceptar la Palabra como revelación de Dios. Cuando nos apartamos de la Palabra, estamos rechazando la luz.

El pecador racional desea sacar a Dios de sus pensamientos, por lo tanto, rechaza la luz que Dios ha dado. Pasa por alto el mundo que dice que Dios es, y le da a la Biblia solo una consideración pasa-

jera como revelación de Dios. Como resultado del rechazo de la luz, la ira o el juicio de Dios cae sobre el pecador racional.

Hay seis juicios anunciados en Romanos 1. En primer lugar, dice Pablo: «... su necio corazón fue entenebrecido» (1.21). Si alguien ama las tinieblas, Dios le permitirá andar en tinieblas y nunca vendrá a la luz.

El versículo 22 presenta el segundo juicio, diciendo: «Profesando ser sabios, se hicieron necios». Cuando alguien excluye a Dios de sus pensamientos, se hace necio. «Dice el necio en su corazón: No hay Dios» (Salmos 14.1). Alguien podría incluso afirmar que Dios existe, pero si vive como si Dios no existiera, es un necio.

El tercer juicio de Dios está anunciado en el versículo 23, donde dice: «... y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen...». Cuando el hombre rechaza a Dios, se vuelve a la idolatría. En tiempos antiguos, el hombre hacía sus propios dioses. Construyó templos para sus dioses. El hombre del siglo veintiuno del mundo occidental es muy sofisticado para inclinarse ante un dios de piedra o de madera. Sin embargo, tiene sus dioses. Puede que su dios sea él mismo, puede que sea su trabajo, o puede que sean las posesiones. Si rechaza a Dios por las posesiones, Dios le permitirá continuar con su idolatría.

El cuarto juicio de Dios se ve en el versículo 24, donde dice: «... Dios los entregó a [...] las concupiscencias de sus corazones». Dios permitirá que usted sea consumido por sus concupiscencias, si así usted lo desea.

En quinto lugar, en el versículo 26, los entregó a la inmoralidad, pues dice: «Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas». En estos versículos, habla acerca de la homosexualidad, y la condena como merecedora del juicio de Dios. Podemos tratar de hacer del pecado algo respetable, sin embargo, Dios lo llama como lo que es, es decir, pecado. Si alguien está decidido a continuar en la inmoralidad, Dios se lo permitirá.

El versículo 28 es el sexto juicio de Dios. Los entrega a una mente reprobada, a una predisposición a la maldad. Si decide que va a rechazar a Dios, que va a hacer lo que le plazca, Dios lo entregará a ello. Le permitirá ser consumido en su maldad.

CONCLUSIÓN

La anterior es una explicación trágica de Romanos 1 en relación con el pecador racional. Si uno decide que quiere excluir a Dios de sus pensamientos, Dios no se le impondrá. Nos permitirá (Continúa en la página 44)